

La izquierda en América Latina

2

CARLOS GALLIZÁ, PUERTORRIQUEÑO

"Prevalece la idea del frente amplio, aun con las enseñanzas de la experiencia chilena".

EN el Capitolio de San Juan, cada representante tiene un modesto despacho, compuesto de dos pequeñas estancias. En la puerta hay una placa metálica con el nombre del congresista. Dos de estos despachos corresponden a personas alineadas en la izquierda. Son los de Carlos Gallizá y Rubén Berrios, que llegaron hasta allí representando al Partido Independentista Puertorriqueño. En aquellas elecciones —año 72—, el Partido Socialista estuvo ausente y la independencia se metió en el Congreso a través de un partido en plena crisis. Carlos Gallizá y Rubén Berrios, inseparables colaboradores a lo largo de muchos años, polarizaron las dos actitudes fundamentales que escindieron al partido tradicional de la independencia.

Ahora, en su despacho del Capitolio, hemos hablado con Gallizá dentro de esta breve exploración de un sector de la izquierda latinoamericana. En nuestro diálogo afloraron algunos elementos que pertenecen a la crisis general, a la reflexión autocrítica que hoy sacude a la mejor parte del movimiento. Pero, aunque parezca paradójico, si consideramos la situación colonial de Puerto Rico, los temas asomaron en términos menos densos, por no decir menos amargos, que en otros lugares. Como si la condición colonial del país cargara a la izquierda de razones y argumentos que están fuera de cuestión.

Carlos Gallizá estaba en un despacho del Capitolio de Puerto Rico. Como está José Vicente Rangel en la Cámara de Representantes de Venezuela o Marco Tulio Rodríguez en un despacho oficial del actual Gobierno de Colombia. Pero la actitud de Gallizá era mucho más tranquila, evidenciando la diferencia que va entre quien espera ansiosamente la historia del futuro y quienes necesitan sacar conclusiones de la historia y de la lucha ya vivida.

J. M.—Creo que deberíamos empezar por hablar de la posición de Puerto Rico dentro del proceso político general de América Latina.

CARLOS GALLIZÁ.—Aun cuando el caso de Puerto Rico debe contemplarse dentro de la perspectiva latinoamericana, es evidente que posee unas características que lo distinguen dentro del proceso general. No olvidemos que nosotros

estamos hablando todavía de la colonia clásica, en términos de la intervención jurídica, de la intervención diaria —y no meramente económica— en la vida puertorriqueña. Los países latinoamericanos consiguieron su independencia jurídica hace mucho tiempo, y por tanto el sentimiento nacionalista, de identificación, de pertenencia lo

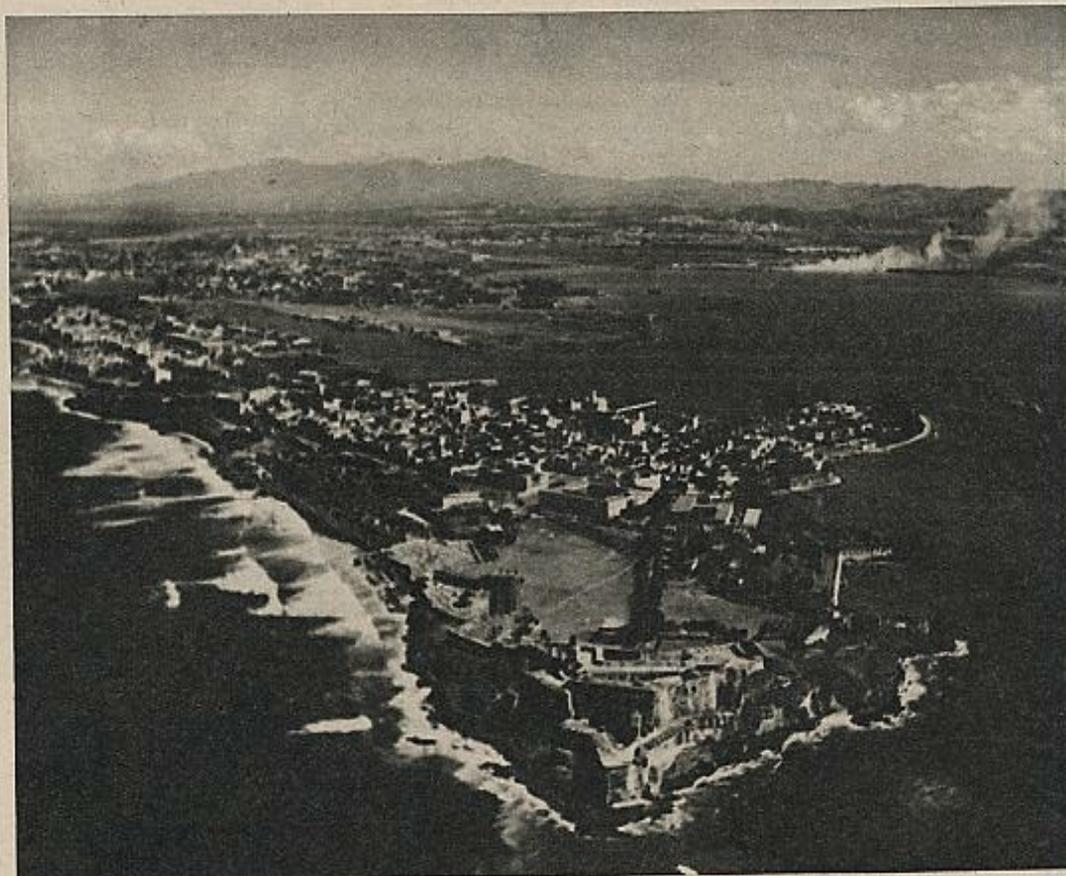
de mil ochocientos cincuenta. Conocen una guerra, que empieza en el sesenta y ocho y dura diez años; después, en el noventa, vuelve otra guerra con Martí, y tras la independencia, toda la lucha del presente siglo. Realmente, tras el cambio de la soberanía española por la de los Estados Unidos, en Puerto Rico sucede una etapa que

colonias portuguesas, encuentra en el plano internacional la insolidaridad o el temor de cuantos no quieren chocar con una gran potencia. Yo creo, en este sentido, que nuestros avances en el orden internacional, en las Naciones Unidas, se han beneficiado del hecho de estar nuestro país en el mismo paquete que las colonias africanas. Aparte de la solidaridad cubana, que se ha mostrado sin ningún tipo de reservas, Cuba nos ha representado en las Naciones Unidas, y sin ella nuestra lucha no habría llegado en el plano internacional al punto donde se encuentra. En el plano local, hasta la década del sesenta, hemos sido un movimiento nacionalista, en el sentido de luchar por una independencia que podríamos definir como el enfrentamiento de unos valores culturales, de unas ideas, con los valores e ideas del invasor, la no asimilación... Y que no fue hasta los años sesenta cuan-

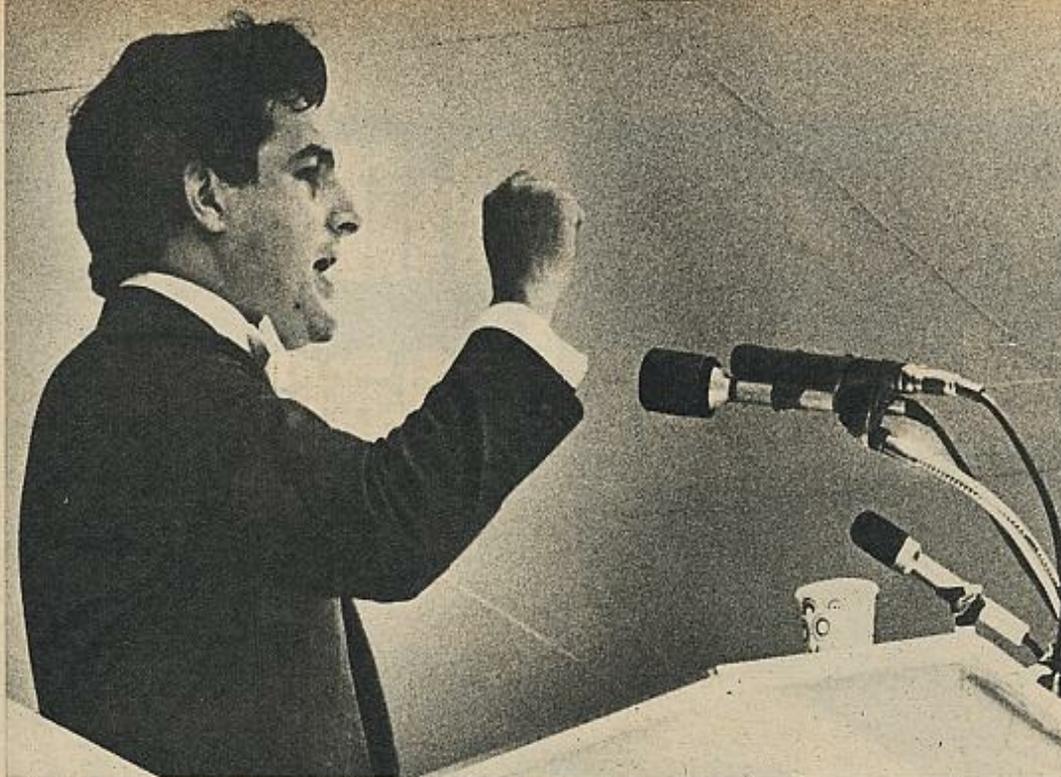
José Monleón

tienen superado. Nosotros somos, desde luego, un país definido, pero estamos luchando todavía contra el colonialismo y el imperialismo, en términos de su intervención jurídica y económica. En el Caribe hay otros países en la misma situación que nosotros. Pero el resto de Latinoamérica se encuentra en una fase posterior a la nuestra. En Puerto Rico, además, no hay una tradición de lucha, como la tiene, por ejemplo, el pueblo cubano des-

no produce su primer enfrentamiento hasta la década del treinta, con Pedro Albizu Campos y el Partido Nacionalista. Fue entonces cuando, de una vez por todas y con carácter irreversible, quedó definida la nacionalidad puertorriqueña, y la asimilación a los Estados Unidos adquirió el carácter de una solución absurda. Hoy, Puerto Rico es ya una nación pequeña enfrentada al imperialismo yanqui. Y que, a diferencia del fenómeno de las



"A las Naciones Unidas ya no se les puede seguir diciendo, como en el 53, que el Estado Libre Asociado de Puerto Rico, tal como está, tiene los elementos de la soberanía".



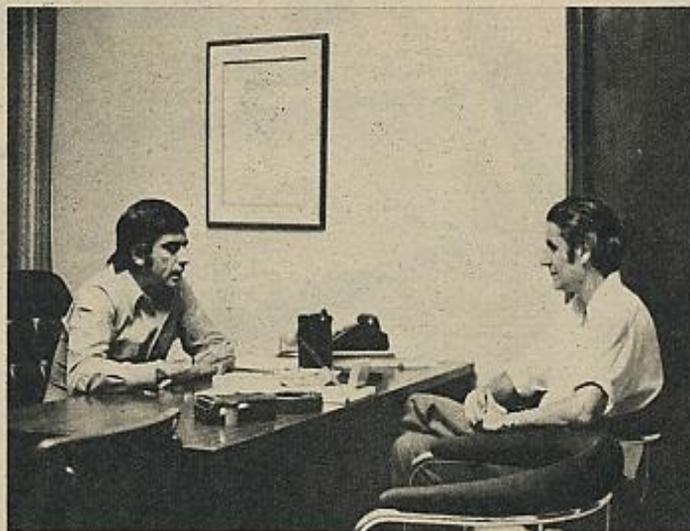
"La idea de que fuera de la colonia nos moriríamos de hambre, ya no cala en el pueblo como antes". (En la foto, Hernández Colón, del Partido Popular Democrático, actual gobernador de Puerto Rico.)

do nos planteamos la necesidad de ligar la lucha de independencia con la liberación económica. Y en ello jugó un gran papel la influencia de la Revolución Cubana. Ahora, en el setenta y cuatro, estamos en un momento en que está ya definido que no puede haber independencia sin socialismo, como no puede haber socialismo sin independencia, y que esta última no es el fin, sino el medio para alcanzar una sociedad más justa y más igualitaria. En estos momentos hay dos partidos que se definen como marxistas-leninistas, y el marxismo se utiliza con frecuencia para analizar nuestra lucha. Sin duda, es una cosa relativamente nueva en Puerto Rico, aunque hubo un Partido Comunista a fines del treinta y en la década del cuarenta. Pero, en realidad, ni ese partido ni la filosofía marxista tuvieron entonces vigencia ninguna en el debate político puertorriqueño. Creo que en realidad no es hasta mil novecientos setenta cuando se populariza el socialismo en Puerto Rico y entra a formar parte fundamental de ese debate. Antes, en las décadas del veinte y del treinta, también se hablaba de socialismo, pero era un socialismo amarillo, más un anarcosindicalismo que un socialismo, según dejó perfectamente aclarado su evolución.

J. M.—Los dos partidos independentistas más importantes son hoy el Partido Socialista Puertorriqueño (PSP) y el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP), más antiguo que el anterior, del cual tú procedes y por el que has llegado a la Cámara de Representantes. El carácter socialista del primero de los citados queda recogido en su propia denominación, pero, ¿cuál ha sido la evolución del PIP dentro de ese cuadro que acabas de describirnos? ¿Y cuál tu papel dentro de las disensiones del partido?

CARLOS GALLIZA.—Creo que el PIP tiene su comienzo de desarrollo ideológico en términos de socialismo en mil novecientos setenta. Y lo hace con una postura no basada en un socialismo científico, sino a partir de la necesidad de aglutinar distintas tendencias independentistas, que ideológicamente son marxistas-leninistas, nacionalistas, anticomunistas, cristiano-

electoral con muchas concesiones: instituciones socialistas en la Medicina y otros campos, mientras en diversas áreas económicas propugnábamos unos cambios que realmente no llegaban a un socialismo verdadero. En términos electorales, servía para aglutinar el pluralismo ideológico que había dentro del partido. Pero pasadas las elecciones de mil novecientos



"Estamos en un momento en que está ya definido que no puede haber independencia sin socialismo, como tampoco puede haber socialismo sin independencia". (Galliza, izquierda, con Monleón.)

revolucionarias, etc. O sea, toda una gama de tendencias ligadas por el objetivo común de la independencia. En realidad no habíamos llegado a tomar una clara posición anti-imperialista, aunque una parte del partido arrastraba al resto de la militancia hacia esas bases socialistas y anti-imperialistas. Creo que el PIP no fue nunca un partido que utilizara el marxismo como método de análisis. Hicimos un programa

setenta y dos se planteó en el partido la necesidad de unas definiciones más precisas. No tanto en su vida interna como en su visión de la lucha. Internamente, el partido había dependido en la forma habitual de nuestros partidos clásicos: con un líder todopoderoso, una voz presidencial fuerte. Nosotros entendíamos que tenía que haber un cambio, creándose una dirección colectiva y fomentando la discusión democrática de manera que

las posiciones que asumiera el partido fueran representativas del debate en la militancia y en la base. Ahí chocamos con los sectores que todavía creían en el líder, en el caudillo, en el mestías, en el predestinado que viene a salvar la patria. Y, en la visión hacia fuera, se produjo la división entre quienes querían mantener el pluralismo ideológico, aglutinando los intereses económicos y las posiciones más diversas, y quienes queríamos definir la lucha política del PIP dentro de la lucha de clases. También chocamos. Y, como sucede en los partidos policlasistas, de estos choques no salen sólo dos pedazos, sino muchos; alianza entre los sectores obreros y estudiantiles, más radicalizados, contra los sectores de la pequeña burguesía. Estos choques revelaron que la periferia del partido era mayoritariamente conservadora, mientras la militancia pertenecía a la izquierda. ¿Qué queda después de ese rompimiento? Pues un Partido Socialista Puertorriqueño con el marxismo como método de análisis, que recoge de ese desprendimiento del PIP los sectores más avanzados; otros sectores, por razón de diferencia de estilo o manera de entender el trabajo, aunque ideológicamente de acuerdo con el PSP, no ingresan en él; quedando en el PIP aquella burguesía y pequeña burguesía nacionalista, que aceptó el socialismo en una ocasión a regañadientes, pero que cuando el partido se divide, se atrincheró en la postura independentista clásica del pasado.

J. M.—De esos tres sectores tú perteneces al segundo...

CARLOS GALLIZA.—En este momento yo no estoy afiliado, aunque entiendo que, teórica e ideológicamente, el PSP es el que hace el análisis correcto. No estoy afiliado por otras razones, más tácticas que por diferencias ideológicas.

LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

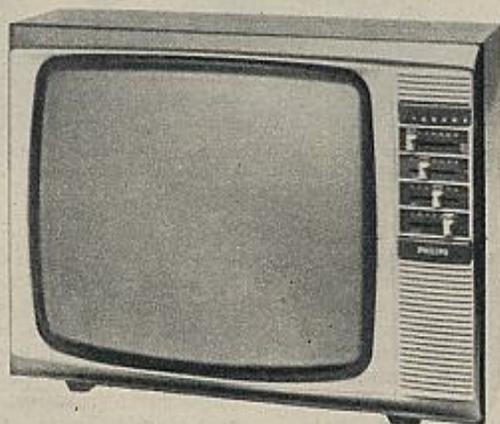
J. M.—El pensamiento de la izquierda latinoamericana se ha visto obligado a afrontar una serie de hechos contrarios a los presupuestos que un día se establecieron casi con carácter axiomático. El "Che" significó la postulación de la guerrilla y también la evidencia de su inutilidad en el caso de que no se dieran una serie de condiciones objetivas. La Unidad Popular fue en Chile, y en un plazo muy breve, el ejemplo de que podía llegarse al socialismo a través de unas elecciones, y también el ejemplo exacto de lo contrario. Todo ello —dentro del actual panorama político de América Latina— está conduciendo a una

televisores Philips la verdad en imagen

**MEMORIA
ELECTRONICA
DRAWER**

SOLANA + PUBLICIDAD

La verdad de una imagen más nítida y un sonido más puro. Moderna línea estética frontal, incorporando la técnica push-through. Mandos de volumen, tono (graves y agudos), brillo y contraste, que incorporan una escala lineal para su más fácil ajuste. Estabilización automática de la imagen y el sonido.



Memoria electrónica toda banda con preselección de hasta seis programas, del nuevo tipo DRAWER.

Selección de hasta seis programas, preajustados mediante seis pulsadores numerados.

La verdad de más de 33 millones de familias, en todo el mundo, satisfechas con los televisores Philips.

PHILIPS



CARLOS GALLIZA, PUERTORRIQUEÑO

serie de reflexiones autocríticas de gran interés. Sé muy bien que Puerto Rico es un caso especial en América Latina, pero me gustaría saber en qué medida ha gravitado sobre vosotros ese debate general.

CARLOS GALLIZA.—También aquí pareció en un momento dado, a la vista de lo sucedido en Cuba, que la guerrilla era la solución. Después hemos visto cómo las guerrillas eran descabezadas en la mayor parte de América Latina. Eso conduce a plantearse de nuevo las bases amplias, los frentes populares, como en Chile, en Uruguay y en Santo Domingo. También la política exterior cubana tiene unos ajustes. Y el apoyo de la guerrilla, como si ella fuera a resolver el problema latinoamericano, se reduce para ajustarse a otras realidades. La victoria y caída de la Unidad Popular aclaran la diferencia entre la toma de gobierno y la toma de poder; pero creo que en estos momentos prevalece la idea del frente amplio, de la base popular, etcétera, aun con las enseñanzas de la experiencia chilena. Al menos en Puerto Rico estamos en eso, en que hay que lograr una unidad de todos los sectores sobre una base que sea claramente anti-imperialista, sin pretender que seamos todos marxistas. Creo que esa base unánime sería aglutinadora y positiva, en estos momentos, en Puerto Rico. Normalmente, en todas las luchas y en todos los países, fuera de las discusiones ideológicas existen también envueltas unas personalidades, cuyas diferencias operan tanto como las ideológicas. Esto sucede también entre los dirigentes del independentismo puertorriqueño... Me parece, pues, necesario crear bases que superen esta polémica, a menudo entre personas más que entre ideas.

J. M.—En los debates entre gentes que se declaran de izquierda existe a menudo una retórica agresiva, más mesianica que dialéctica. A veces se tiene incluso la impresión de que una serie de conceptos básicos se han hecho equívocos y significan una cosa distinta para cada uno. Quizá ello se deba en parte a todas esas experiencias históricas que han negado muchas de las previsiones un día formuladas poco menos que como leyes científicas. Yo tengo la impresión de que la izquierda está llena de mitologías y que muchos que hoy discuten ferocemente en cualquier debate mínimo, jamás podrían compartir, en el hipotético caso de alinearse en un frente amplio capaz de llegar al gobierno, la dirección de una política. Lo de Chile es sólo un ejemplo. Allende era para ciertos sectores de la izquierda latinoamericana —y recuerdo, por ejemplo, un debate que tuve con los estudiantes de la Universidad de Antioquia (Colombia) a poco de

subir la Unidad Popular al poder— una especie de traidor.

CARLOS GALLIZA.—Eso es cierto. El mantener el balance puede falsear el contenido. Y se pueden conseguir unos balances inexactos. Es el riesgo de las alianzas, que se van socavando por la falta de dirección política. Yo diría al respecto que se han introducido en la discusión ideológica temas secundarios, a los que se ha dado un falso carácter de fundamentales, y que contribuyen a nuestra división. A veces, por ejemplo, caemos en discusiones terribles sobre el diferendo chino-soviético, intentando definir la posición correcta; así ha sucedido en Santo Domingo, donde maolistas y pro-soviéticos han llegado a enfrentarse a tiros.



Isla de Mona, uno de los lugares elegidos por los Estados Unidos para su desarrollo industrial.

Cuando hay un Balaguer y un imperialismo yanqui que son el problema apremiante. Aquí en Puerto Rico eso aún no ha despuntado en términos de división, aunque hay asomos; aquí la discusión ha sido en torno al nacionalismo versus socialismo, que yo creo más artificial todavía, porque no entiendo que el nacionalismo, correctamente entendido, sea excluyente o contradictorio del socialismo. Hay que entender ambas cosas, que son conjugables en este momento de la lucha. En las discusiones del PIP y aun del PSP hay mucho de eso. Por ejemplo, la posición frente a la Iglesia, que también tiene un carácter secundario; el Estado no debe intervenir en la Iglesia; sí debe haber una discusión ideológica entre el partido y la Iglesia, pero conservando una capacidad para aglutinar a un cristiano revolucionario, que a fin de cuentas no tiene ninguna discrepancia fundamental con un socialista. Creo que, en efecto, la izquierda ha perdido a menudo la perspectiva encerrándose en discusiones secundarias.

J. M.—La reciente historia de América Latina ha dividido a la izquierda en tres maneras de inter-

pretarla. Tendríamos a los que intentan contrarrestar el incumplimiento de las previsiones, mostrándose más aparatosamente triunfalistas que nunca, resbalando sobre los hechos, y volviendo una y otra vez a la exaltación de los héroes revolucionarios y a una mística desligada del proceso real. Estarían luego quienes han caído en el pesimismo radical asqueados tanto por la realidad concreta como por ese torrente de clichés seudorrevolucionarios. Habría, en fin, una tercera posición: la de quienes rechazan la "ilusión revolucionaria", analizan los errores cometidos e intentan formular un concepto más real y más fluido de la situación. Como me decías al principio, el caso de Puer-

cisa con los Estados Unidos y la conciencia internacionalista no está siempre presente. Existe, por supuesto, una solidaridad con Vietnam, con Chile, pero la primera parte del problema, a la que nosotros damos toda su importancia, nos ahoga. Aquí el Congreso legisla y hay unas leyes federales que se imponen a los puertorriqueños. Así, por ejemplo, existe el servicio militar obligatorio, que nos lleva a las guerras de los norteamericanos. Ese es un problema que no tienen los países independientes. Y que nos obliga en un momento dado a dedicar todos nuestros recursos y nuestra campaña a combatir el servicio militar. Lo mismo ocurre en el sector obrero, que tiene que dedicar sus esfuerzos a combatir una ley federal antiobrera, que es la que impera sobre el noventa por ciento de la masa trabajadora puertorriqueña. La lucha contra esa ley, en actos de desobediencia, en los Tribunales, y allí donde es posible, es algo que no tiene que plantearse el movimiento revolucionario latinoamericano. Por eso he querido comenzar señalando la existencia de un específico problema colonial, distinto al que caracteriza globalmente al proceso latinoamericano. Nosotros intentamos ir adelante con los dos, pero el primero es el que más agobia y el que a veces parece separarnos de ese movimiento.

PUERTO RICO EN LAS NACIONES UNIDAS

J. M.—Hace un año conseguisteis que las Naciones Unidas incluyeran a Puerto Rico entre los territorios coloniales. De alguna manera, aquello rompió con la idea del Estado Libre Asociado, concebido como un proceso en el que irais consiguiendo cada vez mayor autonomía. Leo ahora en el periódico que de hecho existen ciertas tensiones entre el Gobierno actual, deseo de avanzar en esa autonomía, y el Gobierno de los Estados Unidos, que se niega a conceder algunas de las cosas que se le piden. ¿Cómo ves tú la situación concreta de Puerto Rico en su lucha por alcanzar la independencia?

CARLOS GALLIZA.—Ya las Naciones Unidas han decretado que el caso de Puerto Rico corresponde al Comité de Descolonización. Se ha rendido un informe y se han revocado las decisiones anteriores de las Naciones Unidas en relación con nuestro país. Ahora bien, para que el caso salga del Comité y vaya al pleno de la Asamblea falta aún bastante, y la creación de Comisiones Especiales, nombradas por el Presidente de los Estados Unidos y el gobernador de Puerto Rico, para estudiar las zonas de ampliación de la autonomía, sirven de cortina de humo ante las Naciones Unidas. Es una ▶



Pequeñas satisfacciones.

Se elige al azar un lugar imposible, con un municipal cerca.

Se pone cara de torpe nervioso (temblor del labio inferior, ojos muy abiertos, giros rápidos y constantes de cabeza para mirar a todos lados).

Se comienza a aparcar con lentitud.

Se frena justo en el momento justo, sin dejar sobresalir un milímetro de coche de la zona establecida (ni dejar entrar ni un milímetro de multa).

Se detiene la marcha haciendo muchos movimientos inútiles.

Se baja del Mini, a) con pasos temblorosos y furtivos como para que

el municipal siga creyendo que algo anda mal, o b) se baja uno como Humphrey Bogart en "Casablanca", mira-sonríe de costado y comienza a caminar.

Los que no tienen un Mini, no terminan de aprender lo que es un Mini. Nunca.

Garantía: 1 año ó 20.000 Kms., incluyendo repuestos y mano de obra.

Precio desde: 102.600 hasta 124.700 ptas. f. f. incluyendo cinturones de seguridad y antirrobo. Por ser usted.

También financiación Sefiauthi.



¡Sí a Mini!

CARLOS GALLIZA, PUERTORRIQUEÑO

manera de seguir posponiendo el problema. Pero el juego se va haciendo muy evidente. Se ha nombrado ya la tercera Comisión y continúa sin ocurrir nada. Y a las Naciones Unidas ya no se les puede seguir diciendo —como se les dijo en el cincuenta y tres— que el Estado Libre Asociado, tal como está, tiene los elementos de soberanía. La explicación de que se trata de una libre asociación entre dos pueblos es un cuento que no sirve. O sea, que los Estados Unidos se tienen que enfrentar a la resolución mil quinientos catorce, de mil novecientos sesenta, de las Naciones Unidas para ver si Puerto Rico cumple o no con esos criterios. Y las Naciones Unidas han dicho ya que no los cumplía. Lo que queda ya, por tanto, es que nos den la independencia. Ahora bien, la independencia no se da porque lo digan las Naciones Unidas. Nosotros buscamos la solidaridad internacional, porque siempre es necesaria, pero sabemos que nos tocará pelear desde el principio hasta el final. El que el mundo diga que somos una colonia no arregla las cosas, aunque constituya un elemento de presión que nos favorece. Durante años se dijo que la guerra de Vietnam era un crimen y, sin embargo, continuó adelante.

J. M.—¿Cómo gravita sobre Puerto Rico la descolonización de los territorios africanos que ocupa Portugal?

CARLOS GALLIZA.—Inicialmente da la impresión de que nos quedamos solos en el Comité de Descolonización y que eso habrá de favorecernos. Pero quizá no sea así. Como te decía al principio, el hecho de ir unidos a los casos africanos ha permitido que muchos Gobiernos votaran a nuestro favor. Pero cuando tengan que defendernos a nosotros solos, enfrentándose a Estados Unidos, es seguro que muchos tratarán de evadirse.

"STATUS" POLÍTICO Y "STATUS" ECONOMICO

J. M.—En el año setenta y uno, camino de Caracas, leí en el aeropuerto de San Juan una placa, en inglés, que decía que estábamos en la más vieja ciudad de los Estados Unidos. Las elecciones habían sido ganadas por el partido asimilista, y todo daba a entender que había en Puerto Rico una fuerza nada desdiable que operaba en esa dirección. Ya en el año pasado esa placa no estaba, y durante las semanas que pasé en Puerto Rico recogí muchos testimonios del desarrollo —especialmente a través del PSP— del movimiento independentista. Sin embargo —y la amplia victoria electoral de los defensores del Estado Libre Asociado, en el setenta y dos, sería una prueba—, eran más los que temían la independencia que quienes verdaderamente la deseaban. Prevalcía —y así lo he

leído también en más de un libro— la idea de que Puerto Rico era un país desgraciado que, por su posición geográfica y por sus escasos recursos, jamás podría ser independiente. El nacionalismo tenía para muchos un valor idealista, una especie de apetencia espiritual negada por los datos reales. La concepción del Estado Libre Asociado era, en cierto modo, un intento desesperado por conciliar esa voluntad de independencia con la conciencia de que no era posible.

CARLOS GALLIZA.—Todo proceso colonial descansa básicamente en el miedo del colonizado. Se le inyecta un sentimiento de impotencia, que hace concebir la independencia como hambre, miseria y toda clase de calamidades. Esa es la colonia. Pero ya se ha avanzado mucho. La idea de que fuera de la colonia nos moriríamos de hambre ya no cala en el pueblo como antes. Se decía que éramos una isla sin recursos naturales; recientemente se ha descubierto cobre, níquel... La fuerte propaganda anticubana impidió durante años que se viera objetivamente su revolución. También creo que en ese punto las cosas han cambiado. Existen, pues, ciertos elementos heredados del miedo de tantos años, pero me parece que están siendo superados. En cuanto a la asimilación a Estados Unidos, representada por esa placa de que me hablas, creo que, hoy en día, incluso los asimilistas están convencidos de que Puerto Rico no camina hacia la estadidad. Ferré —presidente del partido asimilista— ganó las elecciones en el año sesenta y ocho a base de decir que la estadidad, o asimilación, no estaba en juego. Lo mismo sucede en estos momentos con su sucesor, Carlos Romero Barceló, representante del ala más asimilista, el cual se muestra ahora mucho más prudente. Uno de los progresos innegables de Puerto Rico serían, pues, la reducción del asimilismo, incluso bajo el gobierno de Ferré, durante el cual, si nos atenemos a las encuestas, bajó de un treinta y siete por ciento a un veinticinco por ciento. Creo que en estos momentos el porcentaje aún es menor.

J. M.—A una personalidad del Estado Libre Asociado le oí decir el año pasado que era un error centrar el debate en el "status" político. Que, dada la posición de Puerto Rico, lo único sensato era tratar de sacar las mayores ventajas económicas para sus habitantes, negociando con los Estados Unidos. De hecho, según una serie de estadísticas que me mostró el mismo personaje, el Estado Libre Asociado había conseguido una serie de ventajas económicas, dentro de un proceso fluido que parece romperse ahora a juzgar por las tensiones entre el Gobierno de Puerto Rico y el de los Estados Unidos. ¿Por dónde y cómo crees tú que puede rom-

perse el programa que ha gobernado la vida política puertorriqueña desde que Muñoz Marín concibió el Estado Libre Asociado hasta hoy?

CARLOS GALLIZA.—La ilusión de un grupo liberal ha sido la de creer que podía alcanzar el poder en Puerto Rico sin preocuparse de su "status" político. Y no es que el "status" vaya a resolver los problemas económicos, pero es evidente que éstos no podrán abordarse correctamente hasta que el poder político no esté en manos del pueblo puertorriqueño. No se puede hablar de un desarrollo económico en ausencia de una estructura política. Cuando nosotros queremos desarrollar un área económica, nos enfrentamos a docenas de leyes federales, que limitan nuestras posibilidades de acción. Y eso es "status". Si mañana queremos fijar unos impuestos, a tales o cuales productos de exportación, no lo podemos hacer.

J. M.—Ese personaje sostenía que el hecho de que la inversión del capital norteamericano estuviese exenta de impuestos significaba la presencia de una serie de fuentes de producción y desarrollo...

CARLOS GALLIZA.—Eso funcionó en la década del cincuenta. Pero se sabía que era un plan a corto plazo. Había, a la vez que una inversión de capital extranjero, una fuerte exportación de capital. El Gobierno se tenía que ir endeudando más para importar capital y sustituir el que salía a través de las ganancias de las compañías extranjeras. Hasta que ahora llegamos a un punto en que el juego se para. El Gobierno, totalmente hipotecado; crisis económica; una deuda pública y privada de casi trece mil millones de dólares, la más alta deuda pública por habitante del mundo. O sea, que todo eso funcionó mientras hubo un margen de crédito. Ahora se acabó.

J. M.—¿Crees que eso significa la crisis de todo el pensamiento del Estado Libre Asociado?

CARLOS GALLIZA.—Es la crisis del Estado Libre Asociado en términos políticos y económicos.

J. M.—¿Repercutirá decisivamente en las próximas elecciones?

CARLOS GALLIZA.—No creo que eso suceda tan a corto plazo como de aquí a dos años. Tampoco podemos subestimar al imperialismo. Tiene aún muchos recursos. El error, en numerosos lugares, ha sido precisamente éste. Creo que ha entrado en la curva descendente, pero que todavía está en el comienzo de esa curva. Tienen serios problemas, como la inflación y el creciente desempleo, pero aún poseen grandes reservas. Sin embargo, cada día necesitan de más inversión y vamos a llegar a un punto en el que Puerto Rico les resultará muy caro. Cuando esto suceda, Puerto Rico dejará de tener valor para ellos. ■ J. M.

Alianza Universidad



Curso de Economía Moderna Penguin Alianza

EL CURSO DE ECONOMIA MODERNA publicado inicialmente en inglés por PENGUIN BOOKS (bajo la dirección de B. J. McCormick, profesor de la Universidad de Sheffield) y ahora en castellano por ALIANZA EDITORIAL (al cuidado de Miguel Paredes Marcos, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid) se compone de textos de tema singular, que pueden utilizarse bien de forma autónoma para cubrir un campo particular, bien en combinación con otros títulos para estudiar alguno de los nueve grandes sectores en que se subdivide la serie (economía política, macroeconomía, microeconomía, econometría, economía del desarrollo, economía internacional, economía industrial, economía laboral, pensamiento económico); el procedimiento elegido permite incorporar a la colección nuevos libros tomando en consideración tanto las cambiantes necesidades pedagógicas como la posibilidad de conseguir la colaboración de los mejores especialistas. Sin embargo, la originalidad del proyecto no estriba tan sólo en sus criterios de organización; los volúmenes que la integran difieren de los textos convencionales en que exploran nuevas direcciones del pensamiento económico y tratan de borrar las divisiones tradicionales de la Economía académica —teoría y práctica, positiva y normativa, micro y macro— con el propósito último de lograr una visión unitaria de la disciplina en la que niveles y sectores se entrecrucen y complementen armónicamente.

PRIMEROS TITULOS

93

Charles M. Allan

La teoría de la tributación

160 ptas.

95

E. K. Hawkins

Los principios de la ayuda al desarrollo

120 ptas.

97

George Dalton

Sistemas económicos y sociedad

180 ptas.

99

David Metcalf

La economía de la agricultura

120 ptas.

ALIANZA EDITORIAL

triumfo 31